

## **Lo que Alfredo supo hacer<sup>©</sup>** **Por Adriana Valmayor**

En más de una entrevista que le realizaron, Alfredo Alcón explicita su idea acerca de las máscaras y la esencia o lo que él llama “parte de raíz”. Es decir, las máscaras no aluden al disfraz, al ocultamiento o a la hipocresía, sino que son las formas, el conjunto de diferentes formas y colores que es uno mismo. Al ser líquidos, todo lo contrario a la consistencia del cuerpo... Podríamos pensar que reflexiona acerca del ser y de sus vestiduras al estilo de lo que se vierte, se vuelca en el vacío de un molde. ¿No funcionarían las máscaras al modo del vacío a bordear?... Alfredo duda en realidad de que se llegue a una esencia o parte de raíz: cuando habla de su infancia, él no sabe –nos cuenta– cómo era cuando era pequeño, sino que hace una interpretación desde una realidad que es la del adulto.

Sin embargo hay algún recuerdo de la infancia que Alcón recuerda hipernítidamente: el vestido y la mirada de su madre el día que llega a casa y le tiende un número para presentarse al examen para iniciar su carrera actoral. Hace hincapié en lo memorable de la mirada y fortaleza de su madre.

Otro recuerdo infantil: a la hora de la siesta, en la casa de barrio de sus abuelos, Alfredito sube a la terraza. Si hay una cortina o sábana colgada a secar, será mayor el despliegue del disfraz que se inventa y... lo que él denomina “rituales raros”: a la busca de bichitos encuentra por ejemplo una abeja muerta, la posa sobre una madera e ¡inicia la obra! “Festín para los psicoanalistas”, agrega entre divertido y tímido.

¿Festín? O ¿una comprobación de que lo que denominamos vocación no se sabe de dónde proviene?, uno cree que va hacia ella pero –nos aclara– ella nos encuentra en realidad. ¿Hacer con piezas sueltas?

Hay un Alfredo Alcón que se entrega al público con amor y el deseo de que sea verdad la fe que en él ponen cada vez que encara un texto, un personaje, con esa voz estudiada que se mueve al son de un cuerpo que acompaña la partitura de cada libro, que respira la poética del autor.

Hay un Alfredo íntimo que acentúa su rasgo, la timidez. Cuenta que es tan tímido que tuvo que aprender a manejar esto con el tiempo, que habla a veces mucho porque si callara ya no podría hablar. Hay un Alfredo que habla de ese miedo que sabe siempre estará antes de salir a escena, que le da ganas de salir corriendo, o de que todo comience y termine de una vez, un Alfredo que declara su amor por esos poetas dramaturgos que, en cuatro profundas, justas y hermosas palabras, dicen lo que él tartamudea o no terminaría jamás de decir.

Y, por último, hay un Alfredo Alcón que elige el amor y el afecto antes que la admiración: un buen día se dio cuenta de que el afecto lo hace sentir acompañado, con

calor, contenido. Ese afecto que se le tiene a la persona está siempre como recién nacido, como verdecito.

---

© Más textos sobre este tema en la Revista *Enlaces* 20, Grama, Bs. As., 2014.